

Universidad de La Laguna

Grado en Filosofía

Trabajo de Fin de Grado

Año académico 2019-20

Suicidio: aspectos filosóficos y éticos de la propia muerte

Autor: Alejandro Rodríguez González

Tutor: José Manuel de Cózar Escalante

Índice

Introducción	3
Antecedentes	6
-Muerte de Sócrates	6
-Suicidio japonés	8
-Mártires cristianos	12
Estado actual	16
-Schopenhauer y Cioran	16
-Vida cuantitativa y cualitativa	19
-Ética negativa	21
Discusión y posicionamiento	25
-Suicidio como acto de poder	25
-Suicidio en el entorno médico	27
-Aquello que dejamos atrás	31
Conclusión y vías abiertas	32
Bibliografía citada	37

Introducción

Una persona puede poseer una enorme cantidad de bienes físicos a lo largo de su vida. Estos, sin embargo, quedan eclipsados ante la importancia de los que no poseen un carácter material, pero que son de una enorme importancia para nuestra vida y bienestar. Cariño, respeto, reconocimiento y otros valores pueden llegar a ser tan necesarios como cualquier otro.

No obstante, existe otra cosa que surge cuando todas las demás han ido desapareciendo poco a poco. La propia vida, como un elemento que se posee y del que se puede hacer uso, aparece cuando se van deteriorando los demás.

Es complicado entenderla como un bien cualquiera, puesto que es aquel sobre el que se extienden todos los demás. Sin este, es imposible cualquier actividad o riqueza, ya que no existe posibilidad de disfrutarla. Básicamente, la vida es el bien que nos permite desplegar sobre el mundo; en los límites de ese espacio se encuentra nuestra aniquilación y, a mayor extensión, mayores posibilidades, como si de un solar vacío se tratara. Podría decirse que, debido a estas características, no es un bien del que se pueda disponer como otro cualquiera. Pero teniendo en cuenta la capacidad humana de usarla (debido a la conciencia de su finitud, que permite convertirla, en cierto sentido, en objeto) es un bien que nos vincula a él por completo, puesto que sin ella no existimos y ella se hace material a través de nosotros

Es habitual que, por lo anterior, la vida sea contemplada como el primer y el mayor bien posible. Sin embargo, es posible disponer de ella como un objeto útil. Lo hacemos constantemente, puesto que su finitud nos obliga a estar en constante movimiento, o bien podemos perder la oportunidad que se nos presenta en cada momento de la vida. Resultaría ineficiente limitar nuestras posibilidades acortando o terminando con nuestra vida, puesto que ello quita cualquier posibilidad de actuar o de lograr algo más.

Por lo anterior, la limitación de la vida puede estar considerada como el mayor mal que podríamos sufrir, puesto que nos limita como seres en el mundo a una parcela cada vez más escasa. Sin embargo, esto no ha evitado que, a lo largo de la historia, el ser humano haya buscado y encontrado diferentes motivos o excusas para acabar con ella o limitarla.

Ya sea por una cuestión contingente o por un motivo más profundo, aniquilar la propia vida es uno de los actos más universales que puede realizar un ser humano.

Es posible encontrar justificación en el pensamiento de que, al terminar con la propia vida, la conciencia encontrará otro lugar donde poder expandirse. Este pensamiento puede ofrecer cierto consuelo ante la idea de la propia aniquilación. No pocos han encontrados, en religiones o sectas, motivos sobre los que asentarse para perder el miedo a la muerte, pudiendo así llegar a despreciar incluso la vida en su vertiente material, y a desear su final. De forma similar, el culto extremo a la gloria puede llevarnos a pensar que las acciones extraordinarias pueden dejar un legado que garantice el poder ser recordado tras la propia muerte.

Junto a lo anterior, también es posible decidir terminar con la propia vida por miedo a enfrentarnos a lo que nos espera en ella. La vida no consiste únicamente de posibilidades de actuación; también implica responsabilidades que cargamos a lo largo de ella. En ocasiones podemos encontrar que el sufrimiento provocado por éstas en el presente es mayor que la percepción de las posibilidades de lo que podríamos obtener en un futuro. Es por ello que un dolor en muchos casos temporal puede hacer que perdamos la percepción de la totalidad de nuestras posibilidades.

Aparte de estos dos ejemplos, siempre queda la opción de comprender la vida como un objeto que podemos usar y desechar para lograr un objetivo lo suficientemente valioso. El análisis del uso de la vida humana, y de las personas por extensión, siempre se ha analizado como una problemática social que involucra a las demás personas, pero también se puede efectuar sobre uno mismo. No se analiza de la misma manera el uso de la vida propia de forma utilitarista como el uso de la ajena para el mismo acto. Pero, en ambos casos, subordinamos una vida humana a un objetivo concreto.

En este trabajo trataremos sobre diversas formas culturales de terminar o acortar la vida de forma voluntaria. Comenzaremos con un acercamiento a ello desde un punto de vista histórico. La historia nos ha dado una enorme cantidad de ejemplos donde una persona decide finalizar su vida de forma voluntaria, pero aquí trataré solo tres: el ejemplo concreto de Sócrates y su condena, la costumbre japonesa del seppuku y el fenómeno de los mártires cristianos. Después realizaré una pequeña exposición sobre cómo enfrentarse al fenómeno de la muerte desde dos diferentes autores: Schopenhauer y Cioran. Además, expondremos el proyecto de ética negativa de Julio Cabrera, para

continuar con el problema de la manera en la que la relación con la muerte afecta a la vida en el ámbito moral. Terminaremos tratando el suicidio desde el punto de vista médico y práctico, el suicidio asistido y los motivos que llevan a ello o la forma de tomarlo como una forma de decidir y tomar responsabilidad sobre uno mismo.

Antecedentes

Muerte de Sócrates

Con el ejemplo de Sócrates no nos referiremos a un suicidio literal, puesto que, según el Fedón, él elige voluntariamente la muerte al destierro. Aludimos a la firme determinación de valorar su vida como un bien secundario frente al deber. Como señalamos antes, es la decisión de acortar de forma consciente la propia vida.

Expliquemos aquí el caso completo para poder analizarlo con más detalle. Se nos explica en la *“Apología de Sócrates”*, de Platón, todo el proceso que se siguió durante la defensa de Sócrates en el juicio en el cual fue condenado a muerte. En el texto obtenemos una transcripción del discurso realizado por el acusado en su defensa. Dejando de lado las cuestiones históricas y concretas del proceso (no entraremos en detalle en las acusaciones o sobre la veracidad de estas), nos podemos hacer una imagen de cómo vería el condenado su acusación y castigo.

Durante su discurso muestra la completa confianza tanto en sí mismo como en el hecho de haber seguido los mandatos de su conciencia con fidelidad. No existe mentira ni intento de esconder sus actos, por lo que se entiende que no ve culpabilidad en ellos. Respeta completamente el sistema judicial y no contempla la necesidad de oponerse a él o pretender escapar. Pero lo que nos interesa es como decide aceptar su condena a muerte.

Para comprender esto se debe tener en cuenta el contexto del personaje. Sócrates era ya anciano en el momento del juicio y había servido como hoplita. Estas dos características nos pueden hacer pensar que habría desarrollado cierto valor, calma e incluso frialdad ante momentos de peligro mortal (Platón, 1994, pág 86). Pero, aparte de esto, la muerte es tomada como una parte importante en las reflexiones de este filósofo y de sus contemporáneos.

Se comprendía la existencia, en muchos casos, como constituida en parte de existencia corporal y en parte de alma inmortal, la cual era transportaba a un inframundo tras su muerte. En este inframundo se obtendría la posibilidad de adquirir conocimiento a través de la reminiscencia, además de existir la posibilidad de volver a la vida en forma de humano. También era posible que aquel que no hubiera sido virtuoso fuera castigado obligándosele a reaparecer como un ser inferior.

Sócrates, en cuanto que se encuentra comprometido con un proyecto de introspección filosófica, con especial importancia en el conocimiento de la “verdad”, hace hincapié en un conocimiento que necesita reflexión. Por esto, las principales preocupaciones en este caso serán de índole intelectual. La muerte física es tratada como un estado que pasar para lograr un mayor conocimiento de las ideas. Si alguien se dedica a huir de la muerte como una extinción completa del ser humano, o si muestra cobardía ante ella, demuestra que solo muestra importancia ante los bienes terrenales (fama, gloria, dinero, etcétera).

Por ello, en su lecho de muerte no podía sino mostrar la misma templanza que predicaba. Pero, más allá de la capacidad de enfrentarse a la muerte con valor, ¿qué le llevó a decidir aceptar su destino? Este es el punto clave del análisis. No fue un sentimiento de culpabilidad o un acto contra las leyes, puesto que él mismo se defiende aceptando y explicando sus actos. Tampoco fue ira, ya que no insultó o prometió que se vengaría de alguna forma de sus acusadores. Fue el respeto a la ley y el compromiso con la ciudad lo que evitó que deseara escapar, y la templanza filosófica la que no le permitió mostrar debilidad en el final de su vida.

Fueron estos los actos y cualidades que le hicieron aceptar el final de su vida. Se podría discutir sobre si es posible que alguien más joven podría comportarse de la misma manera. Como ya hemos dicho antes, la vida puede ser entendida como un conjunto de posibilidades, por lo que cuanto más joven se es más se puede acobardar alguien ante un final tan apresurado. Pero, en las mismas palabras de Sócrates, es su formación filosófica la que le permite ponerse en esa situación.

Para lograr enfrentarse a la pérdida de la vida se requiere la formación filosófica que garantiza el desprecio del cuerpo y de los bienes que están relacionados con este. Esto nos da la ventaja de poder entregarnos por completo a una causa, en este caso a la investigación del conocimiento verdadero. Sócrates fue acusado e intimidado para que dejara de avergonzar a sus conciudadanos. Mas allá de si sus acciones eran tan graves como para merecer este castigo, fue esta una forma de investigar sobre el verdadero conocimiento y desenmascarar a aquellos que afirmaban tener una sabiduría que podía demostrarse falsa o, como mínimo, de bases endebles.

Este trabajo fue el elegido por su dios para dedicarle su vida (Platón, 1994, pág 94). Sin embargo, su objetivo no se debía cumplir de cualquier manera. Había que ser extremadamente meticuloso a la hora de seguir las normas y procedimientos debidos. Por

ello, aunque se verá impedido a continuar con su misión debido a su castigo, Sócrates no evita aceptar las leyes de la polis en la que ha vivido y formado su familia.

Su visión metafísica le permitía poner la vida biológica en un plano secundario, puesto que ella se refiere a un elemento eterno que sobrevive a pesar del aniquilamiento del cuerpo. Esto nos permite aceptar que no se debe de entender la muerte física como la pérdida completa de las posibilidades de la existencia, porque existe la posibilidad de renovar esta existencia. Aunque no se pueda afirmar con seguridad, ya que nadie tiene pruebas irrefutables, en su cosmología las lamas constituían un elemento con su propio progreso vital y eran independientes del mundo físico. Este influía al ser humano en cuanto se encuentra desplegado en el mismo, pero no le beneficiaba, puesto que era engañoso y los sentidos siempre provocaban confusiones y conflictos con la verdad.

Por ello, es hasta beneficioso que uno abandone su cuerpo físico en búsqueda de un conocimiento más elevado de la realidad. Sin embargo, esto entra en conflicto con la sumisión al destino o a los dioses, que afectarían a las vidas humanas con su voluntad.

Suicidio Japones

Japón posee cierta aura exótica, pues gran parte de su historia ha transcurrido con una agresiva política exterior y constantes guerras con sus vecinos, mientras que en otros momentos se ha mantenido aislado de cualquier influencia extranjera.

La combinación de la influencia de sus vecinos y de un posterior aislamiento ha creado un entorno rico y lleno de personalidad y carácter que, aun hoy en día, han sabido aprovechar y mantener. Parte de esta personalidad que ha logrado llamar la atención es el código medieval guerrero del bushido.

Este era un código no escrito pero estudiado, es decir, se tenía consciencia de él como conocimiento general, pero no constituía un conjunto de reglas exactas. Esto no evitaba que fuera tomado con tanta seriedad como si de un código legal se tratara, incluso cuando ciertas prácticas (como los duelos a muerte, por ejemplo) fueran condenadas legalmente. A este código se veían sometidos los miembros de la clase samurái, los cuales han sido de los más mitificados de todo este país. Aparte de su fama de habilidosos e insensibles, capaces de grandes hazañas de autocontrol y sacrificio, también realizaban trabajos de

funcionario y gobernantes en algunos casos, siempre bajo en control de la clase gobernante.

Más allá de la educación a la que se veían sometidos los samuráis, existe una institución verdaderamente ritualizada y con valor propio que, al igual que sus practicantes, tiene un halo de misterio: hablamos del suicidio ritual o seppuku.

Existen bastantes ejemplos históricos documentados de cómo se realizaba este ritual, puesto que existía un protocolo estricto y preciso al que atenerse en el momento de llevarlo a cabo (también existen ejemplos de suicidios hechos de forma mucho más improvisada). Como toda actividad humana de carácter cultural, ha sufrido una evolución desde los registros más antiguos hasta aquellos mejor documentados y más recientes.

Como hemos dicho, que se encuentre reservado a la clase guerrera y la extrañeza que produce a ojos ajenos la frialdad con la que es realizado lo ha llevado a ser mitificado. Esta institución está íntimamente relacionada con la elevación del honor sobre las demás virtudes. Esta se consideraba una forma de mantener el honor en las situaciones más extremas o de vergüenza más manifiesta. Se ofrecía como una forma de demostrar valor en los últimos momentos de la vida o de poder ofrecer cierta virtud aun cuando es una condena por un delito grave.

Bien es cierto que, viendo lo que puede ofrecer esta forma de quitarse la vida, se podría encontrar individuos que aprovecharían la menor oportunidad para hacerlo y asegurarse que su nombre les sobreviviría sin ninguna tacha. Pero, aún con esto, no era un ejercicio tan habitual como se podría pensar. Viendo textos antiguos es posible considerar que existía algún tipo de culto a la muerte, sobre todo violenta, entre este tipo de individuos. Sin embargo, esto no era más que una parte de su educación y entrenamiento, incitándoles a perder el miedo, puesto que no era raro que sus vidas estuvieran marcadas por la pérdida y la violencia, asegurándoles poseer el control necesario para no dejarse llevar por ello y estar en condiciones de actuar como marcaba el código.

Describiremos el acto usando uno de los varios ejemplos que se encuentran en el libro “bushido, el alma de Japón”, de Inazō Nitobe. El acto consiste en realizarse a uno mismo un corte horizontal con una espada corta (*wakizashi*, de unos 25 centímetros) en la zona del abdomen, bajo la cintura, de izquierda a derecha. Al terminar, se debía girar el puñal dentro de la herida para continuar con otro corte en dirección ascendente. Históricamente, es posible encontrar con que aquí se terminaba el ritual y el individuo moría por esta

herida, pero más adelante se formó la figura del kaishaku. Este individuo ejercía como asistente en el ritual, teniendo como objetivo el cortar la cabeza una vez que el suicida ya se había hecho los cortes en el abdomen. Esta decapitación se realizaba con una espada. Este puesto era, como antes destacamos, de ayudante en lugar de verdugo, terminando con el sufrimiento cuando el suicida había realizado los de por sí dolorosos cortes. Tener este papel en un ritual tan importante era, en lugar de un honor, una cierta carga de responsabilidad. De hecho, uno tiene mucho más que perder en el caso de que se muestre torpe en su actuación que de ganar en el caso de que sea habilidoso. Pedir a alguien que ocupara este puesto era una responsabilidad y compromiso enorme que no todo el mundo estaba dispuesto a aceptar.

Existen varios motivos por los que se podría justificar este acto. No entraremos en todos los posibles ni en aquellos que podrían ser justificados, pero son habituales (como en suicidios realizados para evitar ser capturado por el enemigo, los pilotos kamikazes, y el suicidio del escritor Yukio Mishima). Mencionaremos dos casos: aquel realizado cuando el señor al que se sirve muere y aquel realizado como condena ante un delito o una actuación vergonzosa. Además, entraremos a analizar el caso concreto de los 47 ronin y su historia, puesto que también nos dará un interesante ejemplo de estos actos y de cómo se relacionaban con el comportamiento general de los samuráis.

En el primer caso nos encontraremos con uno de los que más extraños nos podrían resultar. Sin embargo, cuanto más retrocedemos en el tiempo más ejemplos nos encontramos de samuráis o sirvientes que deciden acabar con su vida al mismo tiempo que su señor pierde la suya. Esto fue visto como una muestra de lealtad de gran valor, pero más adelante fue prohibido. Aquí comprendemos hasta qué punto el compromiso con cierto señor o gobernante era importante. Puesto que los destinos de ambos se encontraban unidos y existía un compromiso que quedaba patente tanto en la vida como en la muerte. Esto contrasta con la figura del ronin, el cual era un individuo que, comprometido con cierto señor, pierde su compromiso con él. Esto puede ser debido a la muerte del señor o como castigo debido a algún error cometido. Aún en este estado, es posible encontrar alguien al que servir y volver a su estatus anterior.

Por lo anterior vemos que, aunque se valoraba este compromiso y esta unificación del destino entre sirviente y señor, no era raro aquellos que simplemente decidían continuar con su vida o buscar otro señor al que servir (incluso algunos se dedicaban a una vida de

retiro espiritual como monjes tras esto). Esto nos permite ver con realismo cuales eran las relaciones de poder entre estas dos clases. El señor podía valorar las capacidades de un grupo de personas dedicadas desde que pueden andar al combate y la guerra, y estos eran mantenidos y cuidados por su señor. Si este compromiso se rompe, ambos pasan a quedar desatendidos: el señor está indefenso ante agresiones de clanes enemigos y revueltas campesinas y el guerrero puede terminar en la pobreza más absoluta, puesto que no era habitual la educación en temas económicos entre esta clase.

En el segundo caso, el suicidio era una forma de escapar del destino de ser ejecutado. Me refiero a escapar porque, aunque su vida se terminara, en cualquier caso, no tenía la misma consideración el terminar uno mismo con su vida que el ser ejecutado por mano ajena. Tenemos que considerar que este ritual es extremadamente doloroso, por lo que se requiere una enorme fuerza de voluntad y de frialdad para realizarlo sin mostrar dolor o debilidad, lo que llevaría a avergonzarse todavía más. Esta muestra de aguante frente al dolor podía ofrecer cierta reparación ante el crimen, o ser una reivindicación de inocencia. Aquél que cree ser acusado falsamente o que confía en sí mismo a pesar de haber sido condenado puede mostrar su integridad abriéndose las entrañas, metafórica y literalmente.

Parte intrínseca de esta práctica suicida era el dolor y el autocontrol sobre la forma que tenemos de reaccionar. Ambas cosas eran muy valoradas en el código ético del bushido. No se buscaba el dolor y la muerte como expiación de algo ya existente (no tenían la idea del pecado original ni nada similar), sino como una forma de demostrar su fuerza. Como antes hemos señalado, es posible encontrar ciertas personas que prefieren sacrificar la vida a cambio de un poco de honor en la muerte. Sin embargo, es tan vergonzoso la búsqueda activa de la muerte como la huida de ella. Además, se valora ser capaz de sobreponerse a las adversidades y la pérdida sin sentir la tentación de terminar con nuestra propia vida por ello.

Vemos aquí un ejemplo de ética orientada hacia tiempos violentos donde la vida tenía escaso valor y donde el honor requería de inmensos sacrificios. En este contexto, controlar la propia muerte ofrecía la posibilidad de darnos la capacidad de saber cuándo y cómo morir. La vida, por esto, pasa a ser un camino donde buscamos que, al terminar su recorrido, la balanza de beneficio (virtud, fama, honor) sea mayor que la de pérdidas (grandes errores, crímenes, vergüenza). Por lo anterior, el suicidio nos ofrece un rápido

ingreso a un estado de honor, de modo que el recuerdo que dejamos en el mundo sea lo más beneficioso posible, puesto que nuestra vida puede ser muy corta.

Con respecto al caso de los 47 ronin, nos vemos con un ejemplo de cómo se valora el cumplimiento del deber junto con el suicidio ritual para lograr una de las historias más ejemplares de este tipo de ética. La mostrare aquí sin entrar en excesivos detalles. En ella, un señor feudal planeo llevar a cabo una venganza por ciertas ofensas que se le habían hecho. No siendo capaz de consumirla y siendo detenido mientras intentaba su asesinato, fue condenado al seppuku. Con ella quedaron 47 samuráis a su cargo con el estatus de ronin. Siendo conscientes estos de lo injusto de esta ofensa, decidieron vengarse.

Sin poder vengarse inmediatamente debido a la enorme seguridad, todos se separaron y se disfrazaron como artesanos o, como hizo el líder, optaron por frecuentar lugares indignos (bares y prostíbulos) para que pareciera que habían abandonado su propio código y olvidarse de la venganza. Con el tiempo, su enemigo dejó de sospechar, mientras que aquellos disfrazados de artesanos lograron tener acceso a su casa para organizar el ataque. Una vez todo organizaron, se lanzaron al ataque sabiendo que serían condenados a muerte por ello. Una vez murió su enemigo, lo decapitaron y llevaron su cabeza a la tumba de su señor, tras lo que esperaron una sentencia de muerte que cumplieron en su totalidad.

En este ejemplo observamos como se consideraba el honor y la dignidad, junto con la lealtad, y de cómo el sacrificio de la vida podía verse como parte de las obligaciones de uno mismo, sin encontrar motivos para huir de ello sin sufrir una vergüenza enorme.

Mártires Cristianos

Dentro de la historia del cristianismo, el martirio posee un lugar especial, tanto al comienzo de su historia como en cuanto fenómeno cuyo valor se mantiene a lo largo del tiempo y que posee una singular importancia.

Posee una fuerte relevancia en los primeros años de fundación y expansión del cristianismo, en la época del imperio romano. Existe bastante documentación (M^a Amparo, 2016, Carthaginensia) que nos permite ver a que se veían sometidos los creyentes en esta época. Más allá de la posterior persecución, eran constantemente sometidos a juicios y ejecutados debido a su negativa a participar en los cultos y sacrificios estatales, por lo que incurrían en un grave delito.

El acto de negarse a participar en estos cultos, en la mayoría de los casos, provocó que estos cristianos fueran sometidos al martirio y posteriormente ejecutados. La figura del mártir correspondía entonces a la de un individuo que, ante el acoso de los gobernantes para que renegara de su fe, decidía mantenerse en ella y aceptar las consecuencias. En estos procesos perecieron tanto grandes personalidades cristianas de la época como soldados y gente perteneciente a la nobleza y castas más privilegiadas, por lo que no es un fenómeno circunscrito a sectas concretas.

Durante toda la historia del cristianismo existe la figura del mártir. Hay bastante documentación de los personajes y las formas de tortura a las que fueron sometidos. De hecho, en aquellos lugares donde eran preparados religiosos para misiones de evangelización se podían encontrar imágenes de martirios especialmente gráficas y tenebrosas como forma de preparar a los jóvenes para sus misiones. Hay muestras de esto en Inglaterra, aunque no tanto en otros países europeos (Rodríguez G. de Ceballos, 2002, Quintana, revista de estudios de departamento de historia del arte).

Se pueden encontrar historias de gente que ha sufrido torturas, persecución y muerte por su fe en cualquier lugar donde haya llegado. Es en este personaje del mártir donde gran parte de las imágenes y la propaganda cristiana ha centrado su atención. El esfuerzo propagandístico ha recaído sobre esta figura debido a que encarna el ideal de sacrificio y fidelidad que tanto interesa a la iglesia cristiana en general y a sus sectas más importantes. En el pasado más lejano, cuando el cristianismo representaba un culto minoritario sin gran organización ni capacidad de influencia, el mártir era un fiel luchador de su fe que, con su muerte, cimentaba la fuerza y la verdad de su credo. No podía participar en otros cultos ni adorar dioses extraños aun cuando estuviera obligado por la ley. La única ley que le podía afectar era la de su Dios, por lo que no admitía mayor autoridad que esta.

Cualquier tortura o castigo al que pudiera ser sometido no podía minimizar la fe en su Dios, el cual le prometía la vida eterna y la salvación de sus pecados a cambio de sufrir sin ceder a las exigencias ajenas. Para alguien que está convencido de poseer la verdad eterna y de estar junto a su Dios una muerte dolorosa no debería ser tan problemática como presumiblemente lo es para quien no posee dichas convicciones.

Estas persecuciones ayudaron tanto al culto en ese momento, para dar ejemplo y extender la doctrina, como posteriormente, puesto que las historias mostraban el sacrificio y las

penurias a las que puede ser uno sometido y como se pueden superar y sufrir sin, por ello, dejar la fidelidad a una causa.

Esta era una forma de educarse a uno mismo para poder enfrentarse a la posibilidad de la muerte provocada por conflictos religiosos. Dada la posibilidad de sufrir una muerte que, en muchos casos, se encontraba acompañada de torturas o de penurias similares, los que elegían esta forma de vida se sometían a una cierta preparación para lograr actuar bajo dicha tensión.

El mártir es --da igual la época-- aquel que realiza el mayor sacrificio para mantener su fe. No era el sacrificio de otras personas o animales en honor de cierto Dios, sino en concebir toda nuestra vida como sacrificio a este Dios. El sacrificio no era una inmolación puntual, sino un proceso que duraba toda una vida y se consumaba en la muerte. La adhesión escrita a los mandamientos era parte de este sacrificio, como después lo serían la castidad y las flagelaciones. El mayor ejemplo fue Jesucristo, cuya vida destacan el sufrimiento y sacrificio llevado a cabo al final de su vida.

El sacrificio se basa en el sufrimiento al que se es sometido en vida. A mayor dolor, mayor sería el beneficio que se obtiene. Apropiarse del sacrificio como una forma de dignidad es, dicho de forma coloquial, hacer de la necesidad virtud. Un culto que nació en un entorno de persecución debe de saber estabilizarse y perpetuarse a sí mismo bajo un estado constante de agresión. El cristianismo exige que ciertas personas demuestren su capacidad de sacrificio para legitimarse.

No solo se legitima con los muertos, también se puede ver hasta donde se ha extendido si contamos la gente que ha muerto debido a sus creencias. La creencia metafísica en un más allá, el pecado original expiado en vida y un estricto código exige que el sacrificio llevado a cabo sea el de colocar la propia vida como un elemento que sirva de base a las creencias cristianas. Cuando uno decide abandonar su propia vida buscando seguir los preceptos de una cierta ideología o religión está llevando a cabo el mayor sacrificio, aun cuando esto no implique necesariamente su muerte.

Limitar las posibilidades de la vida de forma consciente también es una forma de sacrificarse, puesto que nuestras posibilidades se vuelven menores por voluntad propia. Aún tras la muerte, su vida sigue sirviendo como ejemplo dentro de la religión. Son usados para inspirar y eliminar el miedo al sacrificio en los creyentes posteriores. El sacrificio de unos pocos asegurara años de lecciones para los fieles de su religión.

Pero, en vida, el mártir se sacrifica por dos motivos: por motivos de lealtad con sus creencias o por la búsqueda de usar este sacrificio para ascender a una mejor vida en el más allá. En muchos casos, es en realidad ambos motivos al mismo tiempo, puesto que la búsqueda de la muerte es suicidio (lo cual está prohibido, uno debe de abandonar la vida cuando Dios lo haya dispuesto) y las creencias de una vida ultraterrena van dentro del dogma cristiano (lo que hace difícil no creer en la vida más allá de la muerte si existe alguna lealtad con este culto).

Su figura e historias han sido usadas a lo largo de la historia como forma de justificar tanto su forma de pensar como su deseo de aumentar su influencia. No solo era un mensaje para el interior de la comunidad, también lo es para el exterior. La muestra de valor y seguridad que demuestran los sometidos a martirio en público no pasa desapercibida. Cada muerte en una plaza podía convertir a cientos de personas, puesto que era una muestra de la confianza de sus fieles. Cuanto más fuertes eran sus creencias, más posibilidades de acabar siendo juzgados y ejecutados, por lo que es posible pensar que un culto que permite a tanta gente abandonar su vida de forma tan calmada puede tener un gran valor para la propia vida.

La figura del mártir ha sido tan importante como para poder estudiar la extensión del cristianismo como secta según los juicios celebrados y las consecuentes condenas. En todos los momentos, esta es la imagen de una persona que ha basado su vida en una creencia metafísica y cuya fe en ella ha sido tan grande como para abandonar la realidad más inmediata en búsqueda de otro mundo.

Estado actual

Schopenhauer y Cioran

En el transcurso de la vida, sufrimos y disfrutamos de una infinidad de experiencias. De estas, lo habitual es encontrarnos con que las que más nos marcan son, con diferencia, aquellas donde sufrimos o donde nuestro estímulo es negativo. Por esto, se puede decir que el sufrimiento es aquello que nos persigue a lo largo de toda nuestra vida, nuestra principal preocupación.

Es por ello que, en muchos casos, nuestro esfuerzo principal se centra en limitar esta experiencia del sufrimiento y, por ello, librarnos de la mayoría de las experiencias negativas de nuestra vida. Pero, para ello, debemos de encontrar cual es el origen de este sufrimiento y como ser capaces de extirparlo de nuestra vida.

Si estudiamos a Schopenhauer, en *“El mundo como voluntad y representación”* o en *“El arte de ser feliz: explicado en cincuenta reglas para la vida”*, veremos como el sufrimiento surge de la “voluntad” y de la necesidad de esta de aferrarse a lo temporal y a lo individual. A través de esto, se abre un abismo entre el yo y lo demás, el no-yo, que nos desplaza y aísla del exterior. Con esto, nos encontramos con que nuestro ente se encuentra individualizado de todo lo demás y que, por ello, su finalización conllevará nuestra absoluta destrucción.

La voluntad aplicada sobre la vida tiende, de forma constante, a trabajar sobre el ente completo para evitar verse disuelto en un ser extenso sobre toda la existencia. Pero, al mismo tiempo, este aislamiento puede derivar en un egoísmo debido a que, al verse al otro como ajeno, no es posible la identificación de las mismas apetencias y sufrimientos en ambos casos.

La liberación del ser humano de esta voluntad aferrada a la vida dará lugar a eliminar del cuerpo las mayores angustias que sufre. Con esto se librá tanto del miedo a la aniquilación como del miedo a la muerte, puesto que en la identificación en el ser de todas las cosas vera reposar su consciencia en todas las cosas, por lo que la muerte no se verá más allá de un pequeño sacrificio que no destruirá más que una pequeña parte de su ser.

Sin embargo, para llegar a este proceso se debe de adoptar una postura pasiva con respecto al mundo, dejando que este actúe y evitando reforzar nuestra individualidad a través del

ego. Liberados de esta individualidad nos permitiría también evitar el aferrarnos de forma excesiva a nuestra vida biológica.

Esto no solo nos librara del sufrimiento de la perdida y la irremediable caída en el vacío donde termina la existencia, sino que permitirá que nuestra vida sea mucho más digna ya que nuestra vinculación con el resto de los seres en el mundo nos permitirá un comportamiento más ético y positivo.

Por el otro lado, podemos encontrar en el proceso de esta destrucción de la individualidad que el ser humano pasa por varios estadios donde es habitual encontrarnos con el aburrimiento y la tristeza ante la visión de ese vacío. Al ser del todo conscientes de la destrucción de la conciencia a la que nos vemos abocados es posible encontrar en el tiempo más que la belleza de lo temporal, la limitación de lo humano.

Ante la idea de esta limitación es acompañada por un “vértigo”. Nos vemos enfrentados al desvalor de nuestra existencia y nuestras acciones. Con ello, nos enfrentamos a la falta de importancia de nuestras acciones repercuten, al mismo tiempo, en la falta de valor de las acciones de los demás. En un mundo donde vemos que toda nuestra existencia es irrelevante, no queda sino dejar de lado nuestras visiones donde el ser humano era central y aceptar que no somos sino un elemento minúsculo de la existencia, sin un valor mayor de lo que podamos realizar en el momento concreto.

Por esto la muerte pasa a ser el centro de la existencia, y la vida no más que un proceso con esto como centro alrededor del cual orbitan las demás experiencias y procesos que surgen de la vida. Ante esto nos queda huir de la muerte como un ser lejano que no nos alcanza salvo de forma accidental y, en momentos concretos, de forma natural; o hacer de la muerte nuestro objetivo vital y transformar la pulsión vital en un trabajo sobre nuestra propia destrucción. Es decir, hacer de nuestra vida un homenaje a nuestra propia muerte, despreciando la vida como un paso rápido y limitado entre los dos vacíos absolutos de la existencia humana: el nacimiento y la muerte.

Estos dos eventos son el centro de una órbita contra la que nos podemos rebelar, deprimirnos por su forma o simplemente aislarnos de ella. En este panorama, el suicidio puede encontrarse como un camino elegido donde se puede encontrar al mismo tiempo la disolución del yo junto con la terminación del aburrimiento y la depresión provocada por el inevitable ataque del vacío al que estamos destinados.

Pero esto no encaja por completo en ninguna de las dos visiones. En la primera, la actuación pasiva no concibe terminar con la propia vida puesto que ello, no solo sería extremadamente violento, sino que reafirmaría la primacía de la propia vida individual sobre el pensamiento del ser unificado de todas las cosas. El suicidio se revela como una vía de escape hacia la finalización de la vida, por ello es más cercana a un enfoque materialista que vea en el sufrimiento una ofensa hacia el propio bienestar.

En el segundo caso, una reflexión morbosa orientada a la muerte no implica una búsqueda activa de esta. Uno puede dedicarse a pensar en la muerte de forma constante y, aun así, acabar muriendo en la cama de vejez. Puede que, a pesar de dedicar tanto tiempo a esta cuestión, se considere que la vida y su sufrimiento como algo estructural y que forma parte de la experiencia del ser humano en su totalidad. También es posible que esta hipersensibilidad no resulte en un problema tan grave como para impedir vivir una vida normal, como se ha visto en muchos pensadores pesimistas. Es decir, que es posible encontrar todavía motivos para vivir aun cuando esta no está considerada tan adecuada como debería de ser.

A la figura del pensador Schopenhauer lo encontramos cercano al primer tipo. Especialmente preocupado por la ética, vio en esta relación con el vacío al que nos vemos sometidos en nuestra vida como algo constituyente. Pero, en lugar de caer en el desánimo, decidió buscar en la templanza una forma de ser capaz de sufrir lo menos posible durante el trayecto por nuestra vida. En la búsqueda por esta calma se libera de los impulsos de la voluntad para evitar hacerse más daño a uno mismo. Limitando esta voluntad, uno se libera de la angustia de tener que soportar el lento decaimiento de la vida en el cuerpo. Gracias a este proceso, es capaz de aliviar el sufrimiento de la muerte.

Cioran, en cambio, decide mostrarnos como la conciencia de la muerte lo ha llevado hasta una percepción completamente diferente de la vida. La presión sobre la vida que realiza la conciencia de la muerte puede resultar tan agobiante que cualquier otro proyecto vital quede eclipsado ante este peso.

Un pasaje que nos ejemplifica claro este proceso se encuentra en su obra *“la tentación de existir”*: *“Negar: no hay nada como eso para emancipar el espíritu. Pero la negación no es fecunda más que el tiempo que nos esforzamos en conquistarla y apropiárnosla; una vez adquirida, nos aprisiona; una cadena como otra cualquiera.”* (Cioran, 2002, pág

231). O lo podemos encontrar un poco más adelante en la misma obra de forma de forma más directa como “*El gran sí es el sí a la muerte*” (Cioran, 2002, pág 232).

Aquí obtenemos dos ejemplos de cómo es posible compaginar un pensamiento constantemente enfocado en la muerte y unas vidas largas. Dos pensadores dedicados a la reflexión sobre el fin de la vida humana y que no decidieron simplemente terminarla. Es habitual que se plantee la razón por la que los pensadores pesimistas no deciden terminar con su propia vida. No solo es posible observar que también ellos pueden tener trabajos y proyectos a medias que terminar, también que el peso de la existencia no es constante y desaparece en muchos casos dependiendo del momento y lugar donde se encuentre la persona.

Por esto, el pensamiento de terminar con la propia vida termina como una forma más de ver el final, pero no el camino más indicado puesto que no consideran la agonía de vivir lo suficientemente insoportable como para terminar con toda la existencia de un solo golpe.

Vida cuantitativa y cualitativa

En el momento de juzgar el valor de la vida existen tantas formas de hacerlo como códigos éticos hay en el mundo. Incluso la forma de comprender hasta qué punto puede llegar la vida biológica ha cambiado según han existido mejoras en el campo de las ciencias biológicas y de la medicina.

Aquí vemos dos formas de juzgar la vida en cuanto a qué parte de la vida es la central. No me refiero a la adecuación a algún tipo de objetivo o deber que cumplir, sino a la vida como merecedora de ser mantenida de forma activa. Por ello, si cumple los requisitos se entiende que es una vida que en ese momento merece ser mantenida por todos los medios a nuestra disposición.

Por ello, podemos diferenciar dos tipos de valoración de la vida: de forma cualitativa y de forma cuantitativa. En la primera el juicio se centra en una cuestión de valores a los que debe someterse la vida, por ejemplo, entrarían dentro de estos casos aquellos juicios que se centran en la “vida digna”, los valores o el honor. En el otro caso, se tratará de valoración de la vida en cuanto hay posibilidad de mantener su existencia, es decir, la continuidad de la vida en su vertiente biológica.

Ambas formas de juzgar la vida pueden encontrarse en una evolución de las etapas históricas. Dependiendo de en qué momento nos coloquemos es posible encontrar diferentes valores sobre los que se asientan las consideraciones sobre la vida. También afectan los avances en el campo de la medicina, ya que estos permiten un mayor mantenimiento del ente biológico

Por esto, nos encontramos con dos formas de poner límites a la vida que merece ser conservada. Es importante tenerlo en cuenta porque la percepción de la vida tiende a cambiar dependiendo de si concebimos la propia o la ajena. La tendencia a la hora de conservar la propia vida es la de verla como un elemento dependiente del ser biológico, mientras que la de los demás está más vista como un elemento cualitativo que cuantitativo.

Es interesante la discusión que es posible mantener ahora que las posibilidades de extender la vida son casi infinitas, puesto que los avances en medicina han permitido mantener el cuerpo con vida incluso cuando el cerebro nunca será capaz de recuperarse. Por ello, ambas formas de juzgar la vida necesariamente han evolucionado debido a que, puesto que es posible mantener los límites de la vida biológica más allá, los nuevos límites de la vida biológica exigen replantearse los límites de la vida digna.

Ahora existe la posibilidad de curarse con menores secuelas y de forma más rápida ante problemas que antes podrían haber convertido un cuerpo sano en uno inservible. La vida es ahora mucho más sencilla de mantener y de perpetuar que antiguamente, por lo que es más tentadora mantenerla en un estado no del todo inmaculada, pero sí que sea posible de mantener durante un tiempo considerable. Esto, aunque aumenta nuestra esperanza de vida, abre las puertas a una existencia patética debido a que nuestro estado físico y mental será mucho peor que el de una persona sana.

Nos enfrentaremos entonces ahora al dilema si se debe de considerar abandonar una vida menos plena pero que todavía es posible ser vivida con cierta libertad o aceptar que es mejor abandonarla puesto que no es digna, aun cuando lo que perdemos es mucho mayor hoy en día que antiguamente. Debido a esto, es posible pensar que somos menos propensos a sacrificar una vida más extensa frente a problemas o dependencias que, en muchos casos, nos es posible mantener nuestra existencia.

Es por esto que, fuera del campo médico, veamos el sacrificio de una vida perfectamente sana como algo romántico o heroico, en lugar de como algo de sentido común. Es

objetivamente más beneficioso adelantar el límite de lo tolerable moralmente antes de decidir abandonar la vida teniendo en cuenta que, en la mayoría de los casos, será una situación mucho más llevadera de lo que ha sido nunca a lo largo de la historia.

Sim embargo, esto no es aplicable a otro tipo de valores. En ocasiones es posible encontrar que la vergüenza o la humillación son lo bastante grandes como para convertir en irrelevante cualquier condición que permita mantener la vida. En este caso, enfrentarse a las consecuencias esperadas es peor que enfrentarse a la propia muerte. Es cierto que la propia percepción de los prejuicios que sufriremos puede encontrarse distorsionada, pero el mecanismo que tenemos es el de un cálculo racional con respecto a la vida y la muerte en el cual la vida sale perdiendo.

Donde resulta especialmente problemático este conflicto es en el entorno médico, donde es más común las situaciones donde la decisión de terminar o mantener una vida se encuentra en manos de una tercera persona. Aquí los valores personales se mezclan con los juicios médicos y las esperanzas de cada uno de forma individual. Los más previsores son capaces de dejar escritas sus últimas voluntades.

Aquí nos encontramos con la problemática del encarnizamiento terapéutico. Queda claro que podríamos aumentar la esperanza de vida a cambio de someter al sujeto a un gran dolor o a un simple estado de coma vegetativo con unas esperanzas casi nulas de mejoría. Aquí entra en conflicto el instinto de preservarse a toda costa con el de mantener una vida que merezca ser vivida.

En el momento de juzgar la vida de terceras personas en relación con sus interacciones con los proyectos vitales ajenos quedan patentes estos conflictos. Ante la posibilidad del conflicto entre dos proyectos vitales, uno de ellos debe de desaparecer o, al menos, ofrecer suficiente espacio para desarrollarse, puesto que no existe motivo para que una vida digna no se desarrolle, si las condiciones lo permiten.

El problema surge cuando las condiciones están formadas por proyectos vitales contrarios a la “buena vida”, negando la posibilidad de desarrollos ajenos. Esto sin tener en cuenta la problemática de definir esta “buena vida”. Por ello, la decisión de cuál de las dos vidas debe de separarse implica la unificación del criterio en el juicio de la vida o en encontrar la forma de desvincular ambas para que no entren en conflicto.

Ética negativa

En la obra de Julio Cabrera está la consolidación de lo que él llama una ética negativa. Con esto refiere a la creación de una ética que no trate como un valor positivo a la vida humana en su esencia.

Esta negatividad de la esencia de la vida viene de su mortalidad. No se acepta la posibilidad de una ética cuando la vida humana está basada en su propia muerte. No solo eso, esta muerte (o desgaste, finalización, terminación de un proceso) acompaña a toda la naturaleza. No solo es la vida humana, es la existencia la que está marcada por la muerte.

El ser de las cosas, por tanto, está marcado por la finitud (Julio Cabrera, 2010, pág 221-222). Pero, desde el punto de vista de nuestra vida, la muerte pasaría a ser el fin último y central de nuestra vida. Toda la visión se ella se acerca a esta irremediamente porque es lo constituyente a todas las vidas humanas, lo único que se tiene en común sin ningún tipo de duda o cambio cultural o histórico.

Por esto, el ser humano adopta una cierta postura con respecto a la muerte, sea esta la que sea. Desde un sentimiento de pérdida y tristeza inmensa ante la muerte y la pérdida de todo lo existente debido a esta mortalidad. Se puede ignorar este estado y simplemente convertirlo en algo banal, para quitarle importancia y no tenerlo como una constante en nuestras vidas. También es posible convertirlo en un elemento central de la reflexión sobre la vida, pero para revalorizarla, considerar que el ser completamente limitada es un motivo de que valga más la pena tanto protegerla como intentar hacer de ella lo más extensa e intensa posible.

Si eliminamos este valor positivo intrínseco a la vida nos queda la posibilidad de problematizar elementos que atenten contra la propia vida. No solo esto, también con aquellos procesos que van en contra de la reproducción y mantenimiento de la vida, es decir, que atentan contra esta en general y no concretamente a la vida de un ente concreto, puesto que no deja que se expanda de la forma que estaba pensado hacer.

El problema que es posible encontrar es que aquellos que defiendan esta postura desprecian la vida en general. Pero esto no implica desprecio con la vida, solo nos muestra el vacío que encontramos cuando eliminamos la idea del valor máximo de una vida destinada a la destrucción y nos centramos en esta limitación. En realidad, no es más que ser consciente de que la vida es limitada y que la muerte es inevitable. Si bien es posible

que esto revele una fuerte angustia, no implica que se odie la vida, solo que se comprende que está limitada y que todo nace mortal en este mundo, y que por ello acabara tarde o temprano.

Una vez que nos libramos de la carga que es la defensa a ultranza de la vida podemos abrir campos de reflexión muy interesantes, aunque algunos grotescos, que se quedaban muy limitados en el momento anterior. Por ejemplo, sobre evitar la reproducción. Como ahora no se considera esta nueva vida como valiosa de por sí, es posible discutir si es lógico o beneficioso tanto para la humanidad en general como para esa nueva vida en particular.

También nos queda libre el paso para discutir sobre cómo debería ser el final de nuestra vida. Nuestra libertad a la hora de encontrar un final para nuestra vida nos permite discutir las posibilidades éticas tanto del suicidio como, incluso, del asesinato. Pero centrémonos en el primero de ellos.

Libres ya de la necesidad de mantener una vida más allá en el tiempo, podemos encontrar motivos en la muerte para preferirla antes de mantenernos en el mundo hasta que seamos “expulsados”. Podemos decidir sacrificarnos para, de esta forma, realizar una cierta acción moral que afecte más de lo que hubiera afectado continuar nuestra vida. Es posible que nos encontremos en este caso sin que fuera nuestra voluntad concreta, es decir, que nuestra muerte tuviera unas consecuencias que no hubiéramos previsto ni fueran nuestra intención. Por el contrario, podemos elegir el abandonar nuestra vida a través de un acto que repercuta en el mundo una vez finalizada nuestra vida.

Ahora podemos discutir hasta qué punto puede un suicidio ser tanto moralmente aceptado como ser positivo en cuanto puede repercutir mucho más allá que el fin de nuestra vida. De hecho, es posible aceptar el sacrificio de una vida si esta beneficia de alguna manera. Esto no es una excusa para arrebatar vidas por un simple juego de cálculo de valores, sino que desmitifica la vida humana y la pone a un nivel más equilibrado.

Nos encontraremos entonces con unas discusiones que reavivaran unas ciertas ideas que, lejos de ser novedosas, nos llevan hasta cierta visión y cualidades de las vidas de la antigüedad. El “saber morir” es una forma de conocimiento que se ve cultivada en épocas violentas o inestables donde la vida suele valer bastante poco, donde la mortalidad se vive en el día a día y donde, a pesar de esto, se puede cultivar cultura en estas sociedades.

Este desvalor de la vida puede, incluso, ofrecer un valor mayor que si no fuéramos conscientes de su final. Como disponemos la consciencia de nuestro fin, al igual que el de todas las cosas, podemos disfrutar de la brevedad de nuestras experiencias como algo que solo se podrá hacer una vez, encontrando en esto incluso mayor placer por lo irrepetible del momento. Por ello, en lugar de encontrarnos con un elemento depresivo en esta finitud, nos encontraremos con mayor motivación para poder disfrutar de estas experiencias irrepetibles, que cada momento que pasa serán más valiosas y limitadas.

Ahora bien, esto vinculado a la problemática del suicidio lo que nos lleva a hacer es tenerlo en cuenta como una forma de finalizar la vida que no es otra cosa sino adelantar un proceso ya constante y patente. Con ello detendríamos de forma violenta el constante desgaste y acercamiento a la muerte que sufrimos constantemente para finalizar con ella en el momento que creemos más adecuado.

Con esto nos libramos de muchos dolores y pequeños desgastes a cambio de sacrificar las posibilidades de disfrutar de los bienes que nos esperan en ese mismo espacio de tiempo al que sacrificamos. Por ello, el debate se centra en si ese sacrificio compensa los dolores que podemos ahorrarnos. Esto es dependiendo de las circunstancias. Es poco probable que un joven lo vea de esta forma, mientras que un anciano puede tener otras opiniones. Igualmente, alguien que apoye el suicidio puede nunca verse preparado para abandonar la vida y terminar muriendo de viejo, mientras que muchos jóvenes se suicidan cuando la lógica nos dice que los bienes que pueden disfrutar son muchos mayores que los males que pueden sufrir.

Todo se reduce, como antes señalábamos, a un cálculo sobre nuestra vida, nuestras expectativas y sobre lo que podríamos disfrutar si no decidiéramos terminar con nuestra vida. Es el mismo debate en cuanto a cuando una persona se compromete con una actividad que pone su vida en peligro. Aquí también se debe de sopesar si este peligro es lo bastante importante como para el riesgo que conlleva. Aun cuando no es la vida misma aquella que se pone en peligro, existe una pérdida de los bienes de uno mismo, aunque este no sea más que el propio tiempo, en la búsqueda de lograr un bien mayor.

Discusión y posicionamiento

El suicidio como acto de poder

El suicidio actúa contra la propia vida, pero como hemos podido observar hasta ahora las consecuencias de este acto sobrepasan la propia vida. En un acto contraintuitivo, puesto que terminamos con la propia vida y decidimos aceptar el vacío de la muerte.

Pero los demás pueden llegar a entender en este acto algo más allá de la liberación de un sufrimiento pasajero. Es posible usarlo como protesta ante una injusticia cometida contra uno cuando, debido a algún obstáculo, no podemos enfrentarnos directamente a quien nos ha ofendido.

Por ello, con nuestra muerte llevamos a cabo una acción comunicativa. Con ella pretendemos llamar la atención sobre la ofensa que recibimos. No esperamos encontrar una compensación con esto, sino que aquel que nos ofendió comprenda hasta qué punto se nos ha dañado, ya que pretendemos morir solo para “desahogarnos”.

También podemos ignorar los peligros a los que sometemos nuestra vida, que en la práctica es lo mismo que decidir acabar con ella. Someternos a este constante peligro es una forma de comprometer la existencia de nuestra vida. Aunque no encontremos la muerte de forma instantánea, nos dedicamos a un objetivo que puede terminar con nuestra vida. Esto se da, por ejemplo, entre los profesionales de alto riesgo, que por cumplir con su deber se someten a peligros mortales o bien por aquellas personas con hábitos de vida autodestructivos.

En todos estos actos queda el hecho de que cada uno decide finalizar su vida o ponerse en situaciones donde esta pueda terminar de forma violenta. En todo momento es una decisión personal, la cual recae únicamente sobre el sujeto que posee esa vida. En esta decisión es donde se encuentra el valor que le damos al acto en sí. No podríamos valorar igual todas estas situaciones, aunque tuvieran el mismo efecto, si fueran motivadas por una orden ineludible o una presión externa.

De hecho, terminar con la propia vida es una forma de oponerse de forma radical a las presiones a las que somos sometidos en nuestra vida. Es el último acto que podemos llevar a cabo donde reclamamos el derecho a decidir sobre nosotros mismos en cuanto somos dueños de nuestra vida, hasta para terminar con ella. Por ello, el suicidio es una forma, extrema, de individualizarnos.

No es extraño que, por lo anterior, sea condenado por aquellos que muestran una mentalidad mucho más colectiva y sumisa, donde su vida queda a merced de las decisiones de otros, sean estos entes como él o conceptos como el destino o las divinidades, las cuales son las únicas con el derecho y el poder de decidir sobre la vida de cada individuo. Por ello, tomar la decisión sobre la propia vida es interpretada como una forma de rebelión contra lo que puede ser la mayor autoridad de la existencia.

El mismo acto puede provocar diferentes reacciones dependiendo de la mentalidad de la sociedad donde se realice. Pero, en todo momento, termina siendo un hecho donde el individuo y sus valores se ponen por encima de cualquier circunstancia o valor externo. Es el mayor acto de rebeldía que se puede realizar, puesto que abandonamos el mundo moral aun dejando nuestro cuerpo físico detrás. Esto es debido a que el suicidio termina extinguiendo nuestra consciencia y posibilidad de actuar, por lo que es el último acto que podemos realizar en este mundo. Lo último que tendremos para influenciar en este mundo serán las consecuencias de este último acto, por ello nuestra responsabilidad sobre lo que pueda suceder no superan estas últimas consecuencias.

Una vez finalizado, no tendremos una mayor responsabilidad o compromiso con cualquier suceso. No es extraño ver cómo, en momento de especial estrés o ante grandes fracasos, los responsables se quitan la vida en un intento tanto de mostrar arrepentimiento como para evitar adquirir mayor responsabilidad en los sucesos que hayan ocurrido. No solo es una forma de huir de las consecuencias, también de abandonar sin que se pueda reclamar nada como responsable que huyo de sus responsabilidades, ya que puede ser más digno morir en un puesto de responsabilidad que abandonarlo y vivir huyendo de nuestros actos pasado mientras escapamos, metafóricamente “del barco mientras se hunde”.

Sea por un acto de valor o de cobardía ante lo que nos espera en el mundo, terminar con nuestra vida causa el problema de que tomamos un control total sobre nosotros mismos. Las responsabilidades o poderes que pudiera tener una entidad o un objetivo sobre nosotros se desvanecen. Pero no tiene necesariamente por qué ser así. Es posible terminar con nuestra vida pero que la decisión sea tomada por las consecuencias y mostrar una indiferencia ante el resultado del acto.

En este caso, el poder surge del desprecio hacia la propia conservación. El ser humano, despreciando su propia vida, se hace poderoso tomando para sí el elegir sacrificar su vida

en búsqueda de la victoria en un plan mayor. Al despreciar la propia vida podemos llevar a cabo acciones que nos beneficiarían de forma enorme a cambio de sacrificarnos. El precio que pagar hace que estas acciones tengan unas consecuencias mayores de las que pueden tener otras menos radicales. Sin embargo, si aquellos que se oponen no están dispuestos a realizar un sacrificio igual de grande nuestra ventaja será mucho mayor por el simple hecho de que los demás nunca podrán igualarnos en cuanto a importancia de la acción.

La determinación de dedicar nuestra vida a un determinado objetivo también es una forma de apropiarse del valor de la vida. Es decir, que decidiendo eliminar nuestra individualidad en cuanto nos fundimos con un objetivo y hacemos de este nuestro fin último, vinculamos nuestra existencia con este trabajo. Con ello, disolviéndonos encontramos un objetivo y una fuerza mayor de la que tenemos de forma individual. No es del todo extraño encontrar personas que solo obtienen un sentido en la vida cuando encuentran un objetivo fuera de ellos mismos al cual vincularse.

A través de estos mecanismos nos apropiamos de la vida como un “objeto que usamos” y podemos cumplir ciertos objetivos que podrían superarnos en otras situaciones.

Suicidio en el entorno médico

La muerte se encuentra de forma natural en el entorno de la medicina. No es extraño que los médicos se encuentren en su día a día enfrentados tanto a la muerte de los pacientes como a enfermedades donde el bienestar de sus pacientes o su independencia se encuentran en peligro.

Es por ello que deberán de enfrentarse a las consecuencias de tener pacientes en un estado tan delicado tarde o temprano. Las decisiones que tomarán podrán hacerles responsables del sufrimiento o de la vida o muerte de sus pacientes. En los momentos más delicados de la enfermedad, aun cuando no es necesariamente terminal, la presión psicológica y emocional a la que está sometida el paciente puede llevar a que decida intentar terminar con la propia vida.

Esto puede darse por multitud de motivos, y el paciente puede llevarlo a cabo sin que siquiera el médico conozca sus intenciones. Otras veces puede manifestarlo, a lo que el médico, en principio, debería de oponerse o, al menos, no ayudarle a realizarlo

Aquí existe la problemática de si debiera un médico, o cualquier tipo de asistente a enfermos, ayudar o facilitar que un enfermo acabara con su propia vida, en caso de poder decidir sobre ella. En el caso de no poder, la decisión quedaría en la responsabilidad de sus parientes o responsables. Más esta práctica puede entrar en conflicto con las obligaciones del médico. Este ha realizado un juramento de curar o cuidar a sus pacientes, por lo que no podría hacerse cargo de terminar de forma activa con la vida de ninguno de ellos.

Existen diversos métodos que, sin entrar en la eutanasia de forma activa, pueden dar el mismo resultado. Como queda expuesto según el Comité Científico de la sociedad Internacional de Bioética: *“Eutanasia activa indirecta, que consiste en administrar a un paciente terminal un tratamiento contra el dolor insufrible aún a costa de adelantarle la muerte. Eutanasia pasiva, mediante la cual se deja de aplicar al enfermo un tratamiento artificial e innecesario que podría conducir al encarnizamiento. El comité considera estos métodos como variables opcionales de la atención médica.”* (pág 158, Ramon Bayes Sopena, 2001).

Estas dos formas permiten que el médico pueda terminar con la vida de un paciente sin que se le culpe por ello. Pero nosotros, más que a las sutilezas de las prácticas médicas, le prestaremos atención al caso donde es el mismo paciente el que pide apoyo para terminar con su propia vida. Por ello, estaríamos tratando de los suicidios asistidos, no necesariamente de eutanasia.

Para realizar este tipo de procesos médicos es habitual exigir que el paciente sea un adulto competente, que haya pedido el suicidio asistido en un tiempo razonable y dando motivos lógicos y, en ocasiones, que el médico haya consultado con otro el caso concreto del paciente. La exigencia del paciente por terminar con su propia vida en muchos casos está motivada por una cuestión emocional o psicológico.

Esto implica que, en muchos casos, no es únicamente una cuestión de medicamentos o analgésicos para aliviar el dolor del paciente. En otros casos, es la desesperanza de lograr una mejoría o de la incapacidad de acostumbrarse a este nuevo estado en su cuerpo los motivos para llevarlo a cabo. Otros motivos son la vejez y lo que esto implica, puesto que las incomodidades y enfermedades que están implícitas a este proceso nunca desaparecen, de hecho, empeoran con el tiempo.

El médico se puede ver enfrentado a una situación donde un paciente que él debe de cuidar le pida que acabe con su vida. En los motivos que suelen destacar para pedir el suicidio asistido están tanto la falta de independencia como la sensación de resultar una carga y la falta de esperanza ante su nueva situación. En pocos casos esto es debido a un dolor insufrible. Por ello, la forma de comprender lo que les motiva al suicidio es el análisis de cómo esta enfermedad afecta a la vida de una persona y en especial su aparente eliminación del control que tenemos sobre nuestra vida.

El pensamiento de vernos sometidos a un proceso donde, poco a poco, perderemos nuestras capacidades y nuestro control sobre la vida y nuestro cuerpo es mucho más horrible que el mero hecho de perder la salud de la que disfrutábamos. Visto esto, se puede decir que la forma más adecuada de tratar el problema es desde una perspectiva que tenga en cuenta el historial psicológico y el estado emocional del enfermo.

En la mayoría de los casos se ha demostrado que se puede hacer cambiar de parecer al paciente si la calidad de los cuidados paliativos es lo suficientemente buena. Por ello, se debe de saber identificar cuáles son los casos donde es un elemento emocional el que provoca que el paciente desee la muerte. Si se localiza correctamente, es posible llevar a cabo un tratamiento mucho más adecuado.

También es posible que nos encontremos con gente que, debido a su condición imposible de recuperar, decida acabar con su vida. El derecho de cada uno a disponer de su propia vida solo entra en conflicto, en este caso, con el deber médico de mantenerla cuando sea posible. Al mismo tiempo, podemos afirmar que la supervisión del médico puede asegurar que la muerte del paciente sea lo menos dolorosa y lo más eficaz posible. Sin esta, es muy posible que el suicida pueda fallar o provocarse a sí mismo más daño del que intenta evitar con este acto.

Por ello, es posible argumentar que, permitiendo la supervisión del médico, es posible lograr evitar dolor al paciente, aun cuando esto equivalga a su muerte. Es un caso similar a cuando un médico receta un medicamento especialmente fuerte que, a costa de acortar su vida, le aliviaría una enorme cantidad de dolor.

Y, además, también debemos de tener en cuenta como esto afectaría al médico. Este, aun cuando sea un gran profesional, se verá afectado por el hecho de haber producido la muerte a uno de sus pacientes. Es normal que ellos también intenten influir en la decisión, optando por un tratamiento más cercano a los cuidados paliativos o, al menos a evitar el

dolor y que la muerte suceda lo más natural posible. De la misma manera, es posible que la responsabilidad de “condenar” a muerte a otro ser humano pueda producir una inseguridad y unos remordimientos casi imposibles de superar.

El juicio del paciente sobre su propio estado y la falta de seguridad en el momento de ofrecer unas posibilidades de recuperación hacen que el médico se encuentre en una posición muy delicada en el momento en el que asume la responsabilidad de tomar parte en el intento de suicidio. La duda ante la posibilidad de que el juicio del sujeto esté influenciado por un estado temporal hace dificultoso el poder afirmar, sin ninguna duda, que estos son los verdaderos deseos del sujeto. De hecho, en ocasiones alguien que haya cometido un suicidio fallido decide cambiar su opinión y continuar con otro tipo de tratamiento.

Más allá de esto, nos vemos en la problemática de permitir que alguien pueda terminar con su vida cuando, como acabamos de mostrar, es muy posible que las verdaderas causas estén más relacionadas con un apoyo y tratamiento psicológico mediocre que con una verdadera incapacidad de continuar con su vida en un sentido biológico.

Por ello, es necesario poder detectar en qué momento una persona se encuentra completamente en poder de sus capacidades para decidir sobre su propia vida y, en caso de ser posible, dar los cuidados que sean necesarios para evitar que decida acabar con ella. Una educación de los médicos es necesaria, puesto que deben de aprender a identificar los estados emocionales y psicológicos de un paciente en cuanto se está enfrentado a su muerte.

Además, una mayor extensión y calidad de los cuidados paliativos permitirían evitar una cantidad considerable de suicidios asistidos, puesto que permitirían terminar los momentos finales de la vida de forma más placentera. En el caso de que esto no pudiera evitarlos, se debería de tomar varias opiniones médicas sobre la forma de proceder y si el paciente juzga adecuadamente su estado.

En muchos casos será imposible evitar que el paciente decida acabar con su vida, sea esto con la complicidad del médico o sin ella. En ese caso, se debería de asegurar que la muerte es lo más indolora y segura posible. A pesar de los esfuerzos de los equipos médicos y cuando la medicina ha tenido unos avances enormes, en ocasiones nos podemos encontrar en una cama o en una silla por el resto de nuestra vida.

Sea por lo anterior, sea porque la vejez nos resulta insoportable y solitaria, o sea porque nos hemos visto mutilados y sin esperanza de recuperar una vida que nos resulte agradable, podemos decidir que no vale la pena soportar la vida que nos queda por vivir. Es el último reducto de control que queda a mucha gente desvalida, por lo que les ofrece la posibilidad de elegir sobre su propia vida cuando todas las posibilidades les son arrebatadas.

Aquello que dejamos atrás

Después de todo esta exposición sobre las diversas formas y motivos para terminar nuestra vida, hemos dejado claro que este acto no se queda simplemente en nuestra muerte. Al contrario, sus consecuencias serían completamente responsabilidad nuestra, aun cuando no nos encontremos para dar reparaciones a los daños o consecuencias negativas causadas.

No solo nos enfrentaremos a que nuestro acto no nos permitirá arreglar cualquier daño que causáramos, tampoco nos permitiría aclarar nuestra situación. Tras ello, solo nos quedaría dejar a las interpretaciones de los demás los motivos que nos han llevado a ello, aun cuando dejáramos algún tipo de explicación tras nosotros. De la misma manera, no podemos asegurar que nuestro acto tenga las consecuencias exactas que buscamos, en el caso de que fuera esta nuestra intención.

Mas allá de las consecuencias directas de nuestras acciones, nadie vive solo en el mundo, y también provocaremos un vacío en el que no podrá volverse a llenar nunca (Ramón Bayes, 2001, pág 174). No solo sacrificamos nuestras posibilidades en el mundo, también las posibilidades de los demás en relación con nosotros. Los proyectos comunes y nuestras responsabilidades se separarán completamente de nosotros.

La muerte es una gran escapatoria, pero ella no elimina nuestras responsabilidades, solo las desplaza hacia otra persona. Por ello, lo único que haremos será huir de ellas, no eliminarlas o hacerlas que terminen. Esto muestra la falta de disciplina que puede mostrar el sujeto, que decide desembarazarse de lo que le corresponde en lugar de hacerse cargo.

En lo anterior hablamos de las responsabilidades, pero también de las consecuencias. El que comete un delito o una falta y decide no acatarla desprecia la autoridad que lo acusa y la sociedad que lo acoge. Si bien puede ser su objetivo huir del castigo, aun cuando sea

muriendo, implica una relación con los actores que nos rodean que les quita autoridad sobre nuestra vida.

No solo es una cuestión de que cada uno decida y sacrifique su vida únicamente en base a su decisión, también se muestra que los intentos para mejorar su estado han sido ineficaces. Si bien esto puede ser la evidencia de que los protocolos de intervención, en casos médicos, o de apoyo familiares y emocionales no tienen el resultado esperado. Por ello, se puede decir que mostramos como cualquier esfuerzo ha resultado inútil (Ramon Bayes, 2001, pág 170-171).

Pero, dejando de lado estas condiciones, también podemos tomarlo desde el punto de vista religioso, donde la vida es algo preciado que nos ha dado un dios o creador. Por ello, podemos verla como un regalo o como una “orden”, es decir, que se nos ha puesto en el mundo con un objetivo y que no debemos de abandonarlo hasta que lo hayamos completado lo mejor posible. Por ello, al abandonar la vida por nuestra propia iniciativa es despreciar el mandato divino y despreciar el bien más preciado que se nos puede dar.

La arrogancia es la que hace que creamos poder decidir por completo sobre nuestra vida. Al contrario, lo que se debería de hacer es seguir viviendo hasta que acabemos nuestra vida según nos suceda, es decir, según el destino lo decida. El papel de decidir sobre nuestra muerte no nos corresponde, de la misma manera que no nos corresponde la decisión de nacer. Nuestra vida está subordinada a la voluntad de otro elemento, sea este un dios que nos ha transmitido algún tipo de enseñanza o bien algún tipo de imperativo moral al que nos debemos de atener.

Al dejar de lado nuestra posibilidad de elegir la muerte, también eliminamos nuestra responsabilidad sobre ella. Es el destino aquel que decide últimamente, aceptando lo irremediable de la muerte propia o ajena.

Conclusiones y vías abiertas

A lo largo de este trabajo he expuesto las distintas formas que existen de poner límites a nuestra propia vida mediante el suicidio. Con esto, más que una documentación histórica he pretendido mostrar otra forma de reflexionar sobre la finitud de la existencia a través del fenómeno de la muerte y, dentro de ella, del suicidio.

Los ejemplos que hemos dado de la historia nos muestran una realidad que, aunque se encuentra distante de nosotros, señala en qué momentos una persona puede decidir quitarse la vida. También se ha visto en diferentes ejemplos actuales cómo se puede enfrentar este suceso. Sea a través de la filosofía en general o de la ética en particular, la problemática de la muerte y el sufrimiento de vivir nos afecta directamente.

También se realizó una pequeña exposición donde tomamos la problemática del suicidio asistido, donde nos encontraremos con que la discusión sobre este problema se encuentra atravesada con la discusión sobre el deber del médico en relación con el paciente y con su propia responsabilidad

La forma de posicionarse ante la finitud humana determina nuestro comportamiento, nuestra forma de actuar en el mundo. Desde ignorarla y vivir en un “estado natural”, es decir, donde la muerte es un hecho biológico más que se entiende como contingente, hasta como un elemento constituyente de la existencia mortal de todos los entes.

De cualquier manera, nos posicionamos ante este hecho y nos hacemos conscientes de nuestra finitud. Ya solo nos queda decidir qué hacer con nuestra vida. Decisión hecha en el día a día sin tener consciencia siquiera de ella. La vida es un proceso continuo donde actuamos al mismo tiempo que vivimos, pues cuando reflexionamos también vivimos sin detenernos en ningún momento.

El inexorable caminar de las horas nos limita y obliga a asumir la responsabilidad sobre nuestra propia existencia. Sin ello no seremos más que animales que deambulan por el mundo hasta que encuentran su final, sin mayor reflexión ni consecuencias. Esta responsabilidad nos da oportunidad de encontrar un sentido a la existencia más allá que el simple mantenimiento o reproducción de esta.

Esta independencia de objetivos es lo que nos da la libertad. El poder decidir hasta sobre nuestra propia vida en cuanto poder acabar con ella nos abre posibilidades que antes se nos escondían tras el motivo de la conservación. Nuevos horizontes de actuación y de

reflexión están disponibles cuando obtenemos el valor necesario para tomar nuestra vida y usarla de acuerdo a nuestros fines.

La independencia de los fines que encontraríamos en la naturaleza nos permite usar nuestra propia vida según los objetivos que nos marquemos. Siendo conscientes de que no es posible evitar la muerte de ninguna forma, somos capaces de perseguir nuestros objetivos propios con mayor energía.

Esta realidad está más clara cuanto menos valor tenga la vida en cada momento. El convivir con la muerte nos ofrece la posibilidad de encontrarnos con ella e identificarnos con el ahora cadáver. Lo vemos como un igual, por lo que es posible encontrarnos en su misma situación. Con esto hacemos un “simulacro” de a lo que nos tendremos que enfrentar, aun cuando nunca nos podremos acercarnos a esta realidad hasta que finalicemos nuestra existencia. Enfrentados con ello, nos sentimos con que cada cosa que hagamos será completamente determinante para el futuro.

Pero el enfrentarse a la muerte es cada vez más escaso. La juventud intenta mantenerse lo máximo posible. Envejecer es valorado en los demás, pero jamás se acepta el paso de los años para uno mismo. La muerte se intenta evitar todo lo posible. Los medicamentos y la medicina han logrado llevar la vida humana mucho más allá de lo que podría lograrse sin ella. La mortalidad infantil es baja y la recuperación de las intervenciones quirúrgicas es mayor que en ningún momento de la historia.

Estas condiciones, unidas a lo que en una gran cantidad de países se vive en un estado de paz donde la violencia es mucho más escasa que en ningún momento, y que la muerte en los productos culturales se ha banalizado, no es extraño ver como se concibe la vida como algo que finaliza de forma abrupta, casi accidental, centrando las energías en la vida y sus resultados, como si lo único que lo pudiera afectar es la degeneración del cuerpo. Así que puede verse como la vida es visualizada como un ente que lo abarca todo, donde termina con nuestra completa destrucción, pero donde no se concibe ningún elemento más allá de la muerte del cuerpo.

Las residencias de ancianos son ahora una forma de alejarnos de una realidad que nos espera y que, como una enorme cantidad de tratamientos, nos permite alejarnos de la realidad de la vejez y la enfermedad si disponemos del dinero suficiente. Con esto, podemos evitar el tiempo suficiente la consciencia no solo de nuestra finitud, sino de nuestra decaída y vejez. Eliminando esto, nos encontramos en un limbo de eterno presente

juvenil donde la edad no representa nada y donde uno se debe de adaptar a la forma actual de vestir y comportarse para lograr seguir en este estado de juventud constante.

Sin embargo, a día de hoy no existe cantidad de dinero capaz de evitar que tengamos que enfrentarnos a la realidad de nuestra mortalidad. Los constantes intentos de alcanzar la mayor longevidad y las teorías sobre posibles formas de alcanzar una inmortalidad al menos parcial quedan refutadas por una realidad palpable: todos morimos, puesto que todos nacemos.

Solo quedan dos posibilidades en este momento: el continuar huyendo de la muerte y desafiándola a través de la ciencia y la tecnología, intentando con ello aumentar la esperanza de vida y la calidad de ella aun cuando esto llegue hasta límites donde es discutible que merezca vivir de esa forma para mantener la longevidad o cierto tipo de estilo de vida. No solo se dedican a aumentar su vida los ricos, también famosos y deportistas intentas mantener un estilo de vida o un rendimiento deportivo a lo largo de su carrera a pesar de tener que utilizar tratamientos o sustancias que provocan problemas a largo plazo.

La otra opción es comenzar a construir una relación con la muerte desde el entorno personal y también cultural. Se debe de enfrentar a la muerte y habla con ella no como tabú ni como una realidad ajena a cada persona. La serenidad al envejecer y la aceptación del deterioro corporal deberán de encontrarse como una forma normal y sana de vivir, y no como algo casi heroico.

Este camino implica una vuelta a la forma de pensar de las primeras culturas, donde la vida y la muerte eran un ciclo y donde nos encontramos las primeras cosmovisiones donde existía un espacio dedicado a terminar con la angustia provocada por el vacío de la existencia tanto tras la muerte como, en cierta manera, antes del nacimiento. Esto no implica necesariamente una vuelta a las religiones o las creencias metafísicas que han ayudado tanto en el pasado, pero si cierta distancia de un materialismo científico estricto que limita la visión humana y su pensamiento.

Para esta nueva relación con la vida podemos recuperar la fe en la religión y en las visiones metafísicas que han existido a lo largo de la historia. Sin embargo, estos son productos de un determinado momento histórico imposibles de reconstruir. No es posible que la sociedad o los individuos acepten una cierta cosmovisión que ya abandonaron en el pasado. Sin embargo, es posible encontrar en ellas consejo y sabiduría con la cual ser

capaz de enfrentarnos a la angustia de la existencia de forma que no nos veamos sobrepasados por ella ni caigamos en un materialismo total.

Con esto se pretende ganar independencia y libertad, permitiéndonos poder enfrentarnos a la muerte y trabajar al límite de ella. Ser capaces de sopesar los riesgos que derivan de vivir dedicados a un objetivo claro si que por ello nos bloqueemos ante la idea de la destrucción. Que no se busque pero que no se huya de ella. Que se perciba como algo natural, parte de la vida propia y ajena. Que no se convierta en algo que vemos a través de una pantalla o en las páginas de un libro a un personaje que ya no es necesario. Que podamos llorar la muerte y compartir el duelo de los demás, puesto que integraremos la muerte en nuestra vida propia y no la dejaremos como algo que únicamente se ve en privado.

En resumen, que comprendiendo y enfrentándonos a nuestra finitud y decidiendo sobre ella seamos capaces de ofrecer una mayor dignidad a aquellos que se encuentran lanzados contra ella, sea por enfermedad o vejez. Y, más que todo lo demás, ser capaces de aportar una mayor dignidad a nuestra propia vida, y poder decir que vivimos sin miedo y morimos tranquilos.

Bibliografía:

- Bayés, Ramón: *Psicología del sufrimiento y de la muerte*, ediciones Martínez Roca S.S, Barcelona, 2001.
- Cabrera, Julio (2004). Dussel y el suicidio, *Diánoia* vol. XLIX, N° 52, p 111-124.
- Cabrera, Julio: *Análisis y existencia, pensamiento en travesía*, Ediciones del copista, Córdoba, 2010.
- Cioran, Emil: *La tentación de existir, versión castellana de Fernando Savater*, Santillana Ediciones Generales S.L, Madrid, 2002.
- Cioran, Emil: *Contra la historia, edición, prólogo y traducción a cargo de Esther Seligson*, editorial Tusquets, Barcelona, 1976.
- Hamman, Adalbert-G: *Para leer Los padres de la iglesia, nueva edición revisada y aumentada por Guillaume Bady*, editorial Desclée de Brouwer, Bilbao, 2009.
- Mateo, M^a Amparo (2016). Mártires cristianos como testimonio de la expansión religiosa en el África romana, *Carthaginensia*, Vol. XXXII, p. 173-189.
- Panea Márquez, Jose M: *Arthur Schopenhauer: del dolor de la existencia al cansancio de vivir*, editorial Kronos, Sevilla, 2004.
- Platón: *Apología de Sócrates, Critón, Carta VII, edición y traducción de Enrique López Castellón*, ditorial Espasa Calpe, Madrid, 1994.
- Platón: *Diálogos*, editorial Gredos, Madrid, 1992.
- Rodríguez G. de Ceballos, A (2002). El mártir, héroe cristiano los nuevos mártires y la representación del martirio en Roma y en España en los siglos XVI y XVII. *Quintana, revista de estudios de departamento de historia del arte*, vol. I, N° 1, p 84-99.
- Santos Yaguas, N; Mercedes García, M (1992-1993). Mártires cristianos del siglo II, *Memorias de historia antigua* N° 13-14, p 111-128.
- Schopenhauer, Arthur: *El amor, las mujeres y la muerte; prólogo y cronología de Dolores Castrillo Mirat*, editorial EDAD, D.L, Madrid, 1984
- Schopenhauer, Arthur: *El mundo como voluntad y representación, traducción Rafael-José Díaz Fernández y M^a Montserrat Armas Concepción ; revisión Joaquín Chamorro Mielke*, editorial Akal, Madrid, 2011.

-Schopenhauer, Arthur: *Los dolores del mundo, prólogo de Daniel Mundo*, editorial Sequitur, Madrid, 2009.

-Schopenhauer, Arthur: *El arte de ser feliz : explicado en cincuenta reglas para la vida, texto establecido, prefacio y notas Franco Volpi, traducción y apéndices Ángela Ackermann Pilári*, editorial Herder, Barcelona, 2009.